

# Crónica de un psicótico

Anitya

Image not found.

# Capítulo 1

Mi nombre es Samuel, y comienzo a sentir frío.

Que yo recuerde he tenido pocos momentos felices, sobre todo desde mi primer brote. Mi vida más bien se compone de una infelicidad innata, acompañada de una forzada felicidad que me sirve para manejarme en el escenario y jugar a estar adaptado.

Es un salteado de momentos de tristeza, desencanto, desmotivación, frustración, desesperación, rabia, contradicciones, dudas, soledad, miedo, ansiedad, rechazo, desagrado, culpabilidad, desasosiego, desesperanza... y a toda esa base mezclada es a lo que le añado la aparente felicidad, que emerge desde el sobreesfuerzo de un alma atormentada y rota, y no desde la ligereza que se experimenta cuando se está en paz consigo mismo.

Que yo recuerde siempre he sentido un vacío, que yo recuerde, porque a veces tengo la sensación de haber olvidado etapas de mi vida que varían en años, aunque más bien creo que los episodios de los que constan dichas etapas están más relacionados con momentos traumáticos, y de ahí haberlos olvidado.

Más triste que alegre y más vacío que lleno. Si tengo que hacer memoria y recordar cuándo comienzo a sentir desdicha tendría que irme muy atrás en el tiempo.

Puedo recordar la escena como si fuera ahora mismo. Cierro los ojos, inhalo lenta y profundamente y la visualizo sintiéndola. Me transporto hasta ese instante y puedo sentir el pupitre de madera, el aula con mis compañeros y la maestra enfrente de pie en la pizarra.

Yo estoy unas tres filas por detrás, lo que hace parecer no estar dentro de su campo visual. Las ventanas están abiertas y quedan a mi izquierda. Siento en mi cara la ligera brisa de una primavera recién comenzada y que trae olor a flores frescas, en contraste con el asiento frío y duro del pupitre. En ese momento se podría decir que me siento feliz, tranquilo, sin preocupaciones ni miedos de ningún tipo. Me siento natural y espontáneo, seguro, no siento estar haciendo nada malo.

No recuerdo cómo comienza, pero mi compañero de la izquierda y yo estamos jugando a ponernos un lápiz entre la nariz y el labio, sujetándolo y haciendo parecer un bigote. Él me lo hace y después se lo hago yo, y entre medias no reímos. Todo eso lo hacemos en silencio y agachándonos un poco para ser cubiertos por los compañeros de pupitre de delante y así no ser vistos por la profesora.

Soy capaz de sentir el lápiz ahora mismo, siento su tacto y su olor, cómo se cae encima del pupitre cuando me río y cómo lo tapo corriendo con mis manos para amortiguar el ruido, pero no soy capaz de recordar la cara de mi compañero, ni siquiera recuerdo su nombre.

Recuerdo la claridad resplandeciente que entraba por los ventanales del aula, recuerdo que fue el primer día que mi madre me ponía camiseta de manga corta y sentía el frío de la madera del pupitre al apoyar mis brazos, recuerdo detalles minuciosos, pero no recuerdo por qué hacía todo eso con mi compañero ni cómo empezó. Supongo que todo partió de la espontaneidad inocente de un niño de ocho años; de uno de los dos.

- ¿De qué te ríes tanto, Samuel? - Se oyó decir de pronto a la profesora.  
- ¿Si es algo tan gracioso por qué no lo compartes con el resto de compañeros de clase?

¿Me está hablando a mí? – Pensé sobresaltado. Tardé unos segundos en darme cuenta que estaba dirigiéndose a mí por algo que estaba haciendo mal, no era consciente de que estuviera entorpeciendo el trascurso de la clase, ni siquiera era consciente de estar en clase, en unos momentos había desaparecido de aquel escenario, estaba tan absorto en hacerle reír a mi compañero con el bigote-lápiz que cuando oí mi nombre y a la profesora dirigiéndose a mí no fue de inmediata mi atención hacia ella. Recuerdo cómo mi cara se sonrojó y cómo mi corazón comenzó a palpar a mil. No me salían las palabras y no supe qué contestar.

- Ah! ¿Te gusta llevar bigote? – Me dijo.

No sé desde cuando estaba dándose cuenta, pero parecía que sólo me había visto a mí, ya que a mi compañero no se dirigió en ningún momento. Toda la clase empezó a reír y a mirarme mientras lo hacían, y parecía que con el beneplácito de la profesora.

- Sal aquí a la pizarra - continuó diciendo.

Recuerdo cómo me temblaba todo y cómo las palpitations cobraban vida en mi cuerpo mientras me dirigía hacia allí. Sentía la mirada de todos mis compañeros puesta sobre mí, animadas por el deseo de la profesora de recrearse conmigo.

- ¿Así que te gusta llevar bigote? Bien, pues a ver cómo te queda este.

Cogió una tiza y se decidió a pintarme uno. Mientras lo hacía sentía como el dibujo iba tomando forma debajo de mi nariz, y cómo apretaba al dibujar contra mi piel mientras caía polvo blanco de tiza. Todos se reían de una manera descontrolada, señalándome con el dedo mientras ella decía: - ¿Te gusta este?, o quizás te guste más este otro - Y volvía a

dibujarme uno nuevo, esta vez haciendo forma de caracol.

Mi cara cada vez estaba más inclinada hacia abajo. Mi barbilla tocaba ya el pecho de la vergüenza que estaba pasando, y ella me tenía que agarrar del mentón para subirme la cabeza y continuar dibujando. Nadie paraba de reír, y en cierta manera eso ocurría porque ella no hacía nada para impedirlo. Al contrario, con su remienda alimentaba en ellos precisamente la burla.

- Bueno, ya basta - dijo mientras pasaba sus dedos para borrar toda posible huella. - Si la tiza no pinta en la piel; que no tienes nada - añadió.

Tuvo que ver reflejada en mí tanta humillación que le hizo compadecerse.

- Venga, vete a tu mesa - El trayecto desde la pizarra hasta el pupitre pareció de una distancia enorme, y en todo momento de forma disimulada pasaba mis dedos fuertemente por encima del labio para borrar cualquier posibilidad de marca de tiza que hubiera quedado dibujada; lo imaginaba en mi mente como algo terriblemente visible.

Todos seguían mirándome, como si fuera un ser extraño y desconocido al que mirar, como si nunca hubiera pertenecido a esa clase. Aún había alguno que se reía, mientras que otros se tapaban la boca con la mano para parecer que no lo hacían. Mi compañero de la izquierda ni recuerdo si lo miré al sentarme. De hecho, de él no recuerdo nada.

No tengo ningún recuerdo más de ese episodio, exceptuando el mal sabor de boca que me lleva acompañando desde entonces, así como el miedo escénico y el pánico social que arrastro. No recuerdo que nadie se acercara aquel día a mí, ningún compañero empatizó conmigo, nadie fue capaz de darse cuenta de la sensación con la que me había quedado. Pero claro, pensándolo ahora, cómo esperar que eso ocurriera si mis compañeros tan sólo eran niños de ocho años.

Lo que sí recuerdo fueron los días posteriores. Constantemente me acompañaba un estado de alerta e inseguridad que hizo despertar en mí una especie de comportamiento de defensa. Aún quedaban restos de mofa por parte de algún compañero.

Una mañana en el recreo, pocos días después, recuerdo que este compañero del que tampoco recuerdo su nombre ni su cara, intentó arrebatarme una peonza de madera a la que tenía mucho cariño. Todo lo que hice fue utilizar los principios físicos de la catapulta: la ley de la conservación de energía y la ley de la dinámica. Él se abalanzó sobre mí y yo me agaché. En el momento en el que su cuerpo se encontraba superpuesto encima del mío volví a erguirme, a lo que él salió disparado boca abajo cayendo de espaldas un metro detrás de mí. Hice de resorte

acumulando la fuerza necesaria para lanzar a mí compañero y ni siquiera me había dado cuenta. Pero disfruté muchísimo viendo el resultado. Llevaba unos días que cada vez que mi mirada se cruzaba con la suya ponía su dedo índice debajo de la nariz haciendo como si pareciera un bigote, inclinando su cabeza lateralmente de izquierda a derecha, y con la boca abierta emitía un sonido como si quisiera imitar a un retrasado. A mí más bien me parecía un mono y recuerdo la satisfacción de sentir que se lo había merecido.

Podría considerar este episodio como el primero de muchos traumáticos y como el ingrediente principal que compone mi vida victimista. Siempre me ha acompañado y siempre ha estado vivo en mí, pero no aislado sino al lado de otros tantos, y fue el responsable de que aflorara en mí aquella animadversión que sentía hacia todo lo relacionado con la escuela.

Hasta los doce años no recuerdo prácticamente nada. Son años de los que sólo consigo sacar pequeños flases de recuerdos cuyos contenidos sólo entiendo ahora.

Mi colegio era altamente católico, cuyo fundador fue un sacerdote de origen francés nacido en plena revolución francesa, que a pesar de abandonar de muy joven los estudios terminó ingresando en el seminario menor aconsejado por otro sacerdote que iba por las casas reclutando jóvenes. A pesar de ser un mal estudiante, consiguió con mucho esfuerzo pasar cursos hasta llegar al seminario mayor y allí junto a otros compañeros seminaristas empezó a madurar la idea de fundar un lugar en dónde junto con otros hermanos, apelativo con el que se denominaba a los compañeros seminaristas, se dedicaran a la enseñanza de los niños.

El colegio estaba regido por profesores sacerdotes y laicos con una alta convicción católica. Al que era sacerdote se le tenía que llamar hermano, tal y como antiguamente lo hacía el fundador, y más que respeto yo les tenía cierto miedo.

El curso anterior lo había pasado escuchando continuamente historias relacionadas con el hermano Agustín, historias que no lo dejaban en muy buen lugar y que provocaban en mí un gran sentimiento de temor. Este curso lo tendría cara a cara impartíendome clases.

El hermano Agustín disponía de un pequeño taller dónde tenía toda clase de artilugios. Era una habitación pequeña y alargada, sin ventana, y que olía a humedad y serrín. Tenía una mesa que consistía en una gran tabla de madera que reposaba encima de dos borriquetes repleta de lápices y rotuladores, pequeños botes de pintura, herramientas sueltas, todo tipo de cajitas que contenían clavos y tornillos, trozos de madera cortados, virutas de serrín, y un gran flexo que la iluminaba casi intimidándola. Colgado en la pared y a la altura de la mesa, ocupando la misma longitud, tenía un corcho en donde las herramientas estaban dibujadas y

perfectamente colocadas, a excepción de alguna que estaba sobre la mesa.

Aquella mañana a las once, como cada día, sonó la campana para salir al recreo. Ese día habíamos quedado un compañero y yo en ir al taller del hermano Agustín para ver las cosas que allí tenía, ya que desde comienzo del curso había conseguido despertar en nosotros una gran curiosidad por ver todo lo que guardaba. Siempre estaba hablando de artilugios que él mismo fabricaba o de reparaciones imposibles de aparatos que ya nadie quería. Además, no parecía tan monstruoso como nos lo habían pintado compañeros de cursos avanzados. Sí que es verdad que había algo en él un tanto oscuro, pero conmigo siempre se mostraba cariñoso y amable.

Cuando llegamos al taller la puerta estaba entreabierta, pero él no estaba, así que decidimos entrar y echar un vistazo. Solo el flexo alumbraba el centro de la mesa, dejando claroscuros por todas las demás partes de la habitación. Al fondo, en lo que parecía ser la puerta de una pequeña despensa, había situada en el suelo una trampa para ratones con una presa que parecía ser reciente. El ambiente era húmedo y la única ventana que podía ofrecer un poco de luz natural tenía la persiana bajada.

...